

El sentido de la vida y del sufrimiento

(A propósito de la eutanasia)

Mons. Tihámer Tóth

EL SENTIDO DE LA VIDA Y EL SUFRIMIEITTO

(A propósito de la eutanasia)

En mayo de 1913, los diarios liberales de Alemania se sumaron a una campaña que pretendía legalizar la eutanasia, permitiendo que los enfermos incurables tuviesen derecho a ella, para abreviar su vida.

El proyecto de ley contenía los siguientes puntos:

1.º El enfermo incurable tiene derecho a la eutanasia.

2.º El derecho de la eutanasia tiene que ser reconocido, a petición del enfermo, por la autoridad competente.

3.º A petición del enfermo, la autoridad hará examinar el caso por un médico y dos especialistas. El examen debe hacerse, a más tardar, dentro de la semana en que sea presentada la instancia.

4.º En el acta del examen debe constar si, según la convicción científica del médico, es más verosímil el desenlace mortal de la enfermedad que una recuperación ardua y trabajosa.

5.º Si del examen resulta que es más probable el desenlace fatal de la enfermedad, la autoridad podrá decidir el derecho de la eutanasia. En caso contrario, se rechaza la petición del enfermo.

6.º Quien matare sin dolor al enfermo por voluntad decidida e indudablemente manifiesta del mismo, no puede ser castigado, si se ha reconocido, según el punto 5.°, el derecho del enfermo a la eutanasia, o si por un examen ulterior se comprueba que la enfermedad era incurable.

7.º Quien matare a un enfermo sin su expresa petición, manifestada de manera que no deje lugar a duda, ha de ser castigado con prisión.

8.º Los puntos 1.° y 7.° pueden aplicarse también a los contrahechos (1).

¿Para qué negarlo? Sentimos escalofríos de solo pensar que pueda un día este proyecto llevarse a la práctica. ¿Con qué derecho nos podremos enorgullecer de nuestra deslumbrante cultura, de nuestra organización so-

cial, si nuestra concepción del mundo ha llegado a ese resultado tan negativo, a ese punto muerto: al asesinato legalmente autorizado?

La postura del cristianismo frente a la eutanasia—queremos que conste desde el principio— está bien clara. El hombre no es dueño absoluto de su vida. La recibió de manos de Dios; por esto solamente Dios puede decir: *Yo mato, y doy la vida; yo hiero, y yo curo* (Deuteronomio 32,39).

Siendo, pues, Dios *el dueño de la vida y de la muerte* (Sab. 16,13), nosotros no somos más que los usufructuarios, hasta que se nos pida la devolución. No tenemos derecho a dañarla, a arrojarla. Y así como no tengo derecho de suicidarme, tampoco lo tengo de permitir que me asesinen.

Salta a la vista, ya desde el primer momento, que el citado proyecto de ley está en contradicción irreductible con el quinto mandamiento, que prohíbe el asesinato y el suicidio, y por lo tanto hay que condenarlo en absoluto desde el punto de vista de la moral cristiana. Pero los que han lanzado este proyecto se han aprovechado de la forma de sentir de nuestra época, que siente escalofríos de sólo oír nombrar la palabra dolor. Esperamos que no habrá, por ahora, ningún Estado que dé vigor de ley a ese desgraciado proyecto.

Si, a pesar de ello, nos ocupamos detenidamente de las ideas que este proyecto de ley suscita, es porque en el punto muerto a que han llegado las concepciones del mundo en auge hoy día, vemos una de esas *deductio ad absurdum*, por medio de las cuales Dios quiere conducir nuevamente a la religión la sociedad moderna. «Dios conduce el mundo a su fin no solamente por los caminos de asfalto de los silogismos y los puentes de hierro forjado de las pruebas, sino por el camino de la experiencia de los imposibles y por los rodeos de los sufrimientos; su método no es solamente la prueba teórica, que parte de los conceptos, sino también la *deductio ad absurdum*, que se manifiesta en las luchas y en los fracasos de la vida, que nos hace comprender cómo nuestros caminos son los caminos de la muerte y que por ellos no encontraremos la felicidad» (PROHÁSZKA).

Causas: fracaso de las ideologías

En las páginas que siguen queremos indicar, después de un breve juicio del proyecto, las causas que suscitaron el movimiento de eutanasia.

El proyecto de ley es consecuencia natural de la concepción de la vida de nuestra época y prueba manifiesta del extremo a que nos conduce la ley férrea de la lógica, si nos rendimos a ciertos postulados en la vida práctica.

El objetivo —al parecer muy humano— del proyecto no basta para encubrir a nuestros ojos la completa impotencia y el fracaso de las modernas concepciones del mundo; al contrario, los revela.

Se quiere permitir legalmente que los médicos quiten la vida al enfermo incurable, si éste se lo pide, para abreviar de esta manera sus padecimientos. Como vimos, serían unos médicos designados por la autoridad los que comprobarían el carácter de «probablemente incurable», y declararían el derecho de la eutanasia; luego, ya se podría proceder a la supresión del enfermo.

La recta razón se espanta de las espeluznantes perspectivas que con esto se abren; de las absurdas posibilidades, que ciertamente no rebasan el terreno de la verosimilitud. Si se acepta la eutanasia, los enfermos incurables y los contrahechos podrán ser suprimidos. Hoy, por propia petición; mañana —¡es tan pequeño el paso!—, acaso contra su voluntad. El profeta idolatrado de nuestra época, **NIETZSCHE**, ya lo ha exigido: «Los débiles y contrahechos deben perecer... y debemos ayudarles en ello.»

¡A qué atrocidades abre paso el punto del proyecto según el cual basta hacer constar la probabilidad del carácter incurable de una enfermedad! ¡Hasta sería suficiente la comprobación de la incurabilidad después de aplicar la eutanasia! ¿Qué será si, estando el enfermo sin sentidos, los impacientes herederos exigen su derecho a solicitar la eutanasia y lo ponen inmediatamente en práctica?

Ante nuestra vista surge una roca altísima; de allí nos llegan los lamentos emocionantes de los niños endebles arrojados por los pueblos paganos; y espantados vamos ponderando esta probabilidad: el párrafo 8°, que concede a los contrahechos el derecho a la eutanasia, ¿no hará retroceder nuestra sociedad hasta el pie de la roca de Taigetos? Ciertamente, el asunto de los enfermos quedaría cómodamente solucionado si se introdujera legalmente la eutanasia; pero cuanto más sencilla, tanto más repugnante seria también la solución.

Y, sin embargo, si seguimos la orientación según la cual conciben y ordenan su vida una gran parte de la sociedad; si seguimos el camino de una burda **concepción materialista del mundo**, necesariamente hemos de llegar a tal extremo. Nos rendimos a los profetas materialistas que predican se debe dar al cuerpo una libertad sin freno; hacemos el sordo a los anhelos de nuestra mejor y más noble naturaleza —que aspira a cosas más altas y no se contenta con las cosas terrenales—, rechazamos toda barrera y nos

entregamos a los placeres de los sentidos; hemos llegado a creer que en adelante no necesitaremos ya «letras de cambio para el cielo», que podremos organizar nuestro cielo acá abajo en la tierra; y cuando, a pesar de todas nuestras búsquedas, no encontramos la copa de las alegrías puras; cuando los problemas no resueltos de la vida, a pesar de sumergirnos en los placeres, se clavan en la médula de los huesos, ¿es maravilla si el cuervo de la amarga desolación deja oír sus graznidos en nuestra alma?

Sistemáticamente han ido socavando nuestra concepción moral con la **moderna apología del pecado**, excusándolo todo, explicándolo todo por la debilidad humana. Han hablado del «derecho sagrado» de los sentidos, que en adelante no se ha de coartar con las doctrinas de la mortificación y disciplina predicadas por el cristianismo. «Más allá del bien y del mal»; éste es el lema. Vino Nietzsche y proclamó el derecho de la naturaleza, es decir, la satisfacción completa de todos los instintos, sin preocuparse de los eventuales escrúpulos de la conciencia. ¡Vivir, vivir, gozar! Vivir significa gozar. La fe en Dios es un obstáculo para el libre desarrollo de las capacidades humanas; **el *superhombre*** no puede consentir que haya alguien encima de él, alguien que le mande. Sólo podrá sentirse libre emancipándose; entonces será para sí mismo lo que hasta ahora ha sido Dios para él.

Y también hubo de oír el mundo esta terrible blasfemia: «¡Romped, romped, hermanos, las tablas antiguas! Romped las tablas del Decálogo. Ahora, ¡adelante!, soltad la corriente de la vida; levantad los diques; que se precipiten las aguas burbujeantes por los deslices resbaladizos de los sentidos; que se agite con ímpetu en vosotros la vida, la vida hermosa.»

Hemos oído la voz de mando; ha dicho el capitán Nietzche: «¡Ahora, ahora! ¡Apretad bien los dientes! Abrid los ojos. Las manos al timón. Vamos saliendo de la moral». Sumergidos hasta el cuello en los goces, con alegre despreocupación íbamos bogando por las aguas de la vida; el capitán, con la excitación espantosa del ateísmo, se alegraba de la propagación de la incredulidad. «¡Dios ha muerto! — decía—. Nosotros le hemos matado... Vosotros y yo; no ha habido todavía hazaña más grande, y el que nazca después de nosotros participará —merced a esta hazaña— de una historia más elevada que la que hemos visto hasta hoy»... Pero de repente se oye un crujido...; lo sigue un silencio sepulcral, y allá en los escollos aparece, clavando profundamente su mirada en nuestros ojos, la conocida figura de la muerte, con la guadaña en la mano sus órbitas vacías. «*Vengan los goces supremos de la tierra*» —dijeron con Goethe; «**Lo de arriba poco ha de preocuparme**... de esta tierra brotan mis alegrías » —confesaron

con Fausto. La copa de los placeres, en medio de regocijo y alegría, iba pasando de mano a mano, y una sonrisa despectiva iba esbozándose en los rostros al oír el nombre del «otro mundo». ¡Oh hombre! ¿Cómo es que se desvaneció repentinamente tu soberbia despectiva, y se te heló la sonrisa en tus labios, en cuanto el dolor te tocó al hombro y te miró a los ojos la muerte?

Agitación continua sin ningún objetivo

Bajo el signo de un proceso de cambio constante, el curso del mundo parece falto de objetivo. No tiene una meta hacia la cual dirigirse; una necesidad imperiosa lo empuja inconsciente hacia el cambio continuo; obligado, como el río impulsado por la fuerza de gravedad y sin tener conciencia de su finalidad, va llevando sus aguas hacia el mar. Y en medio de esa corriente —corriente que sube y baja sin objetivo, sin ningún motivo racional—, el hombre no es más que una ola. Un instante... y ya ha desaparecido. En vano buscaríamos el sentido de la vida.

El movimiento que carece de objetivo carece también de sentido. El gran proceso de desarrollo juega con los objetos de este mundo, como el viento otoñal con las hojas secas: las levanta, las remolinea, las echa por el suelo, las amontona con un baile enloquecido y caprichoso.

Así se comprende el lema estoico que predica el suicidio: «cuando me parece oportuna, renuncio a la amistad con mi cuerpo». Con razón llamaron los estoicos al suicidio una *«salida razonable» de la vida»*; y tenían razón los contemporáneos al grabar en el sepulcro de Diógenes —que se ahorcó—: «Mostró a los mortales un camino fácil y hermoso para salir de esta vida.»

Volvemos a insistir: la concepción del mundo acristiana o separada del cristianismo, la concepción laica, necesariamente conduce a tal extremo; porque vanas son todas las explicaciones; no podremos resolver el problema de la vida si hemos de hacerlo con sola la existencia terrena. Si la muerte es el último episodio de nuestra existencia, entonces tienen razón los entusiastas de la eutanasia; entonces no tienen ni valor ni sentido la vida de un enfermo incurable ni el dolor. Mientras pueda gozar de la vida, viviré; y cuando llegue el sufrimiento o se acerque el final, procuraré dar el paso decisivo con la menor cantidad de dolor posible. «La alegría juguetea, su final nos duele; procuraré que me duela lo menos posible».

Se nos viene a la mente la frase de Séneca: «Mira, la puerta está abierta; breve es el camino para recobrar la libertad... ¿Para qué seguir amarrados al yugo, si de todos modos nuestra vida no tiene ya ni objetivo ni valor?»

La existencia terrena llega a ser un yugo pesado, carente de valor, si no está orientada hacia un destino más elevado. No se puede soportar un yugo si no tiene sentido ni objetivo alguno.

Poco se puede esperar cuando el lema de la vida se sintetiza con las siguientes palabras: «Come, bebe, hártate, después de la muerte no hay placer». Si la muerte es aniquilación completa, no nos escandalicemos del proceder de Augusto, quien al sentir acercarse su fin pidió un espejo, se peinó y dijo a los circunstantes: «¿No he desempeñado bien mi papel en la comedia? Aplaudid y que caiga el telón, la representación ha terminado.» Tenía razón, si la vida no es más que comedia.

¿Es maravilla si nuestra época —que encierra las aspiraciones sublimes del alma en los límites estrechos de la existencia terrena, muchas veces incomprensible— llegó al mismo punto? «Agitación continua sin ningún objetivo», podría denominar al espíritu que anima nuestra época.

Felicidad sin ética, vida y placer sin Dios, vida sin espíritu religioso... ¡Todo esto tenía acentos tan seductores para nuestros oídos! En consecuencia, no quisimos ya servir a Dios, sembramos la semilla que ya está dando fruto. ¿No tiene gusto el fruto? ¿Está marchito? ¿Le falta savia? Se parece a la semilla. No podemos defendernos alegando que lo ignorábamos.

Ya nos lo predijo NIETZSCHE: «Se acabó para ti el orar y el confiar en Alguien...; ya no podrás presentarte ante la Sabiduría suprema, la Bondad suprema, el Poder supremo, y manifestar humildemente ante Él tus pensamientos; ya no tendrás en adelante quien te defienda, quien te acompañe en tu soledad; no tendrás ya que rendir cuentas por lo que haces, no tendrás quien te corrija; todo cuanto te suceda carecerá de objetivo razonable; ya no experimentarás el amor...; tu corazón no hallará descanso, pues no dejará de buscar, por no encontrar lo que anhela...; nunca estarás en paz… ¿Podrás renunciar a todo esto? ¿Quién te dará fuerza para ello? Hasta ahora nadie ha tenido la fuerza suficiente para soportarlo».

Hemos oído, pues, las palabras de NIETZSCHE, hemos ensayado sus doctrinas, y comprobamos cómo se empiezan a cumplir.

Desde las cátedras y diarios, libros y hojas volantes, se nos ha predicado que el único objetivo de nuestra vida es gozar, dar satisfacción a los deseos del cuerpo. Pero entonces nuestra vida carece por completo de sentido, y en cuanto nos acontece la tribulación y la desgracia lo solucionamos con la eutanasia.

Quizá nadie ha tenido en su vida mayores éxitos que Goethe. La fortuna le sonrió: salud, fama mundial, fortuna... Pero después de una vida colmada de tanta «felicidad» terrena, hubo de reconocer que no había sido dichoso ni siquiera cinco semanas.

Y si un Alejandro Humboldt, el mimado de los dioses — que cerca de los noventa años de edad tuvo aún humor para burlarse de la inmortalidad del alma—, se quejó finalmente de los errores locos de su vida; si el califa Abdul Rahman, al dirigir una mirada retrospectiva a sus cincuenta años de glorioso gobierno, hubo de decir que solamente durante catorce días pudo gozar de une alegría no turbada..., ¿qué han de decir los millones y millones de hombres que pasan hambre y miseria?

Si todos los objetivos humanos se ciñen únicamente a esta existencia terrena, poniendo por encima de todo el placer, ¿no tendrán derecho a la eutanasia los innumerables pobres sin casa que apenas tienen para comer un mendrugo de pan? La vida de éstos, ¿no es de algún modo más miserable que la de los enfermos, de los tullidos y contrahechos? No lo dudemos: la eutanasia y el suicidio en masa son conceptos que corren a la par.

Preguntamos ahora: ¿será provechoso para el Estado y la sociedad, aun en el aspecto meramente material, este miedo a la vida?

Falta de fe en la vida eterna

Si aceptamos el materialismo, aceptamos que después de la muerte nos fundiremos de nuevo con el mundo, y perderemos con nuestro último aliento nuestra independencia y nuestra conciencia. Nuestra vida entonces carece de sentido, y no tendremos la fuerza para soportarla. A nadie le ilusiona en modo alguno saber que la finalidad de su vida es acabar descomponiéndose en diminutos átomos en el gran proceso de cambio a que está sujeta la materia.

Pero siempre en el momento de morir, por muy materialista que uno sea, le asalta la gran duda: «¿Realmente estoy seguro de que no hay nada más allá de la muerte?»

Para el que no cree en la vida eterna, la vida no deja de ser más que sufrimiento y más sufrimiento, un dar vueltas interminables sobre lo mismo; la vida no tiene otro objetivo que la negación de la vida; no se puede huir de las leyes naturales que lo gobiernan todo. En tal situación, el hombre no tiene «vocación» para nada, no tiene un «deber» ni una misión que cumplir; su «destino» no difiere del de la planta y el animal.

¡Qué perspectiva más triste!

Los que no ven en la vida más que una búsqueda de placeres, nos alientan a gozarnos del mayo florido, pero son incapaces de alejar de nosotros el otoño que se acerca a grandes pasos. Nos coronan de flores, mas en esta corona nos traen el marchitarse de invierno. Al final de todo lo único que queda es el término de la vida, el perecer, la nada.

Esa orientación de la vida explica el declive de la filosofía moderna.

Hoy día no tenemos metafísica, y muchos se enorgullecen de ello. No es de extrañar, entonces, que no tengamos convicciones firmes ni grandes ideales y que acabemos sucumbiendo a las mezquindades propias de una vida orientada puramente a lo terreno.

Esto explica también la gran atracción que ejercen las filosofías orientales, como el budismo, negador la vida. Si el materialismo no infunde esperanza, sino pesimismo, es natural que el nirvana del budismo o el suicidio ejerzan sobre nosotros un gran poder de seducción.

«¡Sólo existe este mundo, este mundo, este hermoso mundo!... ¡La felicidad sólo la hallaré en este mundo!» ¿Cómo es posible afirmar semejante cosa? ¡Mundo, Mundo!... ¿Únicamente existe este mundo? ¡Qué perspectiva más efímera! Ésta vida, ¿dónde acaba? En una fosa, en un montoncito de polvo, en una tumba. ¿Y ésta es la felicidad a la que aspiro en este mundo? ¡Encaminarme a mi fin, al perecer, a la nada!

Ésta es la filosofía de la vida que está en boga en nuestros días, incapaz de dar la felicidad.

«Una bacanal sin fin..., con rosas y con vino espumoso y con ninfas sin prejuicios... Y el que ya no puede pagar el sino y las rosas y las ninfas, basta que se aparte un poco —sólo a la distancia conveniente para no turbar la alegría de los demás — y acerque el revólver a su frente... ¡Un hombre menos! ¡Un átomo menos! No importa. La Naturaleza es eterna, la fuerza de las pasiones es inagotable, el sol sigue levantándose cada mañana y madura nuevos racimos, nuevos hombres, nuevas rosas, nuevas mujeres». (JÖRGENSEN)

Seguimos el consejo de Comte: «No miréis el cielo, y entonces tendréis vuestro cielo en esta tierra.» Se siguió su consejo, ¿y qué ha sucedido? La tierra, el mundo, es una maquinaria sin alma; la vida se ha vuelto cruel; todo lo noble, todo lo digno de consideración, no es más que una necedad, si al final de esta vida terrena nos encontramos con el abismo sin fondo del perecer eterno, del gran nirvana, del tiempo que todo lo traga. Aun el más venturoso no podrá encontrar otras palabras mejores para indicar su estado, que la confesión del emperador SEVERO: *Lo he sido todo, y de nada me sirvió*. He vivido según la receta prescrita por la concepción atea del mundo:

El que no ama el vino, la mujer y el canto será un
tonto durante toda su vida.

Pero a esto no puedo contestar sino:

Viví según la receta;
ojalá hubiese seguido siendo un tonto.

Ven tú, Feuerbaeh, y sigue diciendo que el hombre ha de ser el dios del hombre, porque solamente por medio del dios humano podemos descartar por superfluo el poder que está por encima o fuera del hombre; sigue diciendo que en adelante el lugar del cristianismo ha de ser ocupado por la Humanidad.

Ven también tú, Goethe, a cuyo «Fausto» dimos el «nombramiento» de libro sagrado del mundo moderno, para sustituir con él la Sagrada Escritura. Ven tú, a quien hemos seguido ciegamente, aun sabiendo muy bien que el rasgo predominante de tu talento prócer no es el ideal cristiano, sino «el poderoso Eros de la antigüedad pagana, el ánimo de vivir y el afán de gozar que no se preocupan de lo eterno, de lo divino, el amor sensual con su encanto primaveral y sus agitaciones juveniles».

Este lenguaje nos deleitaba. Por amor al mismo dimos a Goethe nombres como éstos: «el hombre ideal», «el maestro del arte de vivir», «pontífice del amor», «modelo de la virtud más perfecta». Siguiendo su consejo, en vez de ser «cristianos», quisimos ser nuevamente «hombres». El resultado ha sido que no podemos mantenernos en pie.

Ven tú también, padre de los «superhombres», y mira qué has hecho. Di, di que así habló Zaratustra: *Dios ha muerto. Ahora queremos que viva*

el superhombre[1]. Dijiste que el predominio de los ideales ascéticos es el mayor peligro — junto al alcoholismo y la sífilis— para el hombre europeo. Dijiste que el cristianismo es la única maldición, la única ignominia imborrable de la Humanidad[2]. Ven, pues, colócate ante el lecho de nuestra sociedad gravemente enferma, y sigue clamando a sus oídos: «Te suplico encarecidamente que permanezcas fiel también en adelante a la tierra, y no des crédito a los que te hablan de esperanzas ultraterrenas. Estos son envenenadores, tanto si lo saben como si no.» ¡Hemos hecho, Nietzsche, lo que nos aconsejaste; hemos renunciado al fin más allá de esta vida; nos hemos extraviado! ¿Y qué es lo que nos queda? Lo que a ti. Un corazón insatisfecho y cansado, una voluntad voluble, un ánimo veleidoso, sin ningún objetivo claro.

Ésta es la concepción arreligiosa del mundo, impotente para solucionar el gran problema de la vida. Sólo engendra de pesimismo y sensación de fracaso en la búsqueda de la felicidad. ¡Qué contraste con la concepción sublime de la vida que tiene el cristianismo!, sobre todo en lo referente al sentido de la vida, y, sobre todo, referente al sufrimiento y a la muerte inevitables.

La concepción cristiana de la vida

¡Cuántas veces se ataca a la concepción cristiana de la vida diciendo que sólo se fija en lo negativo, que sólo enseña la renuncia y la mortificación, y no pregona el gozar de la vida! Nosotros —dicen— *estamos en contra de la vida*; mientras que ellos saben *disfrutar de la vida*. Nosotros huimos del mundo, mientras que ellos saben aprovecharse de él. Nosotros seguimos a un Crucificado, a un fracasado y agonizante, mientras que ellos viven una vida plena y dichosa.

¡Qué gran engaño! Es justamente todo lo contrario. Vamos a demostrar que el cristianismo abraza con entusiasmo la vida; no solamente *fomenta*

---

[1] «Ahora ha muerto este Dios. ¡Oh, hombres superiores! Este Dios era vuestro mayor peligro... Desde que él está en el sepulcro habéis resucitado verdaderamente vosotros. Ahora viene el gran mediodía, ahora será verdaderamente señor el hombre superior... Dios ha muerto: ahora queremos que viva el superhombre.»

[2] «Declaro que el cristianismo es la gran maldición, la única y gran corrupción interior...; lo declaro única mancha de ignominia imperecedera de la Humanidad.»

los esfuerzos que se requieren para vivir una vida en plenitud, sino que es en nuestros días el *primer defensor* de la vida humana y del valor de la vida.

Naturalmente, en estas breves líneas no podemos desarrollar toda nuestra filosofía de vida, ni resumir esa inmensa literatura, que trata de la postura que el cristianismo adopta frente al dolor. Bastarán unas afirmaciones fundamentales para hacernos comprender que el cristianismo no intenta nunca suprimir en nosotros lo grande y lo noble, que si excluye algo, si lo expulsa del dominio del alma, es porque descubre en lo que rechaza el sello de la muerte espiritual.

La búsqueda del sentido de la vida es cosa tan antigua como la razón humana. Fue objeto de estudio para la filosofía griega. En esta gran cuestión se centran, por ejemplo, las tragedias de Esquilo y Sófocles, en la cuestión del mal físico y moral. Un Sócrates, un Platón, un Aristóteles, es decir, la flor y nata del mundo griego, en vano forcejean para lograr la solución del problema.

Emprende un nuevo camino el desprecio típico de la Stoa y su impasibilidad distinguida, la cual, sin embargo, no ha podido suprimir el mal. Precisamente la ineficacia de la buena voluntad, grande y sincera, que se nota en los trabajos del representante principal del estoicismo, Séneca, es el mejor ejemplo de la impotencia de la mente humana, abandonada a sus propias fuerzas.

También SÉNECA se pregunta por el sentido de esta vida: «¿No he de preguntar quién es el artífice de este mundo? ¿No he de saber de dónde desciendo? ¿A dónde iré? ¿Qué suerte espera a mi alma?» Pero no puede dar otra respuesta que ésta: la vida es un punto entre dos nadas; la muerte es una feliz aniquilación.

De esta manera consuela a Marcia, que llora por su hijo: «La muerte es la liberación y el fin de todos los dolores; coloca de nuevo en esa tranquilidad en que nos encontrábamos antes de nacer... No puede ser desdichado el que no es nada.»

En otro pasaje dice a Lucilio: «La muerte es la nada. Partiendo de la nada, vuelvo a ser nada. ¿No sería una necedad afirmar que la luz apagada sufre porque no puede ya brillar? Nosotros somos como la lámpara que se enciende y se apaga.»

¡Qué enorme paso da el cristianismo, el cual introduce en la explicación de la vida y del dolor el punto de vista de lo eterno! Así como antes

del cristianismo la razón humana no pudo dar una explicación satisfactoria del dolor, del mal físico, tampoco pueden darla los sistemas que han querido resolver el problema del mal después de la aparición del cristianismo, discrepando de él. Ahí están, por ejemplo, el doble principio del gnosticismo, el principio del bien y el del mal, el duro determinismo del maniqueísmo que quita toda responsabilidad, el optimismo de Leibniz, el pesimismo de Schopenhauer.

El optimismo exagerado está tan lejos del espíritu cristiano como el pesimismo abrumador.

Leibniz, padre del optimismo, afirma que Dios creó el mundo mejor posible, como consecuencia de su bondad infinita. Cuando Léssing y Hérder afirman que, si bien el mundo actual no es el más perfecto, pero que tiende a serlo mediante la evolución, no hacen más que modificar la opinión de Leibniz.

Pero comprobamos a cada paso que el mundo sea pueda ser metafísicamente perfecto, o que tienda a ello. Las innumerables miserias de la vida real, el dolor y la muerte, son una refutación tan clara del optimismo exagerado, que, a excepción de algunos poetas soñadores, nadie lo admite hoy. No se suprime el mal mediante el optimismo.

Los extremos se tocan... Aparece en el escenario el pesimismo filosófico de Schopenhauer, que declara malo todo el mundo, toda la existencia. Schopenhauer tilda de absurdo el calificar de bueno el mundo, porque no es otra cosa que el caos de unos seres atormentados, en que uno cava la tumba del otro[3].

Hartmann mitiga este colorido sombrío al afirmar que, si bien el mundo es tan bueno como puede ser, con todo, sería mejor que no existiese. Con esto casi nos encontramos en la triste renuncia del filósofo ecléctico del primer siglo cristiano, Cayo Plinio Secundo, quien sintió hasta tal punto la vaciedad del mundo, que consideró que el hombre es más feliz que la divinidad, porque el hombre puede poner fin a su vida, mientras que la divinidad no puede hacerlo.

---

[3] «A este mundo, a esta palestra de seres atormentados, atemorizados, que sólo subsisten comiendo el uno al otro, donde por lo tanto cada animal carnicero sirve de tumba viva a miles de seres, y su propia conservación es toda una cadena de muertes de martirio...; a este mundo se ha querido aplicar el sistema de optimismo y demostrarnos que es el mejor de todos los posibles. El absurdo salta a la vista.»

Hemos de reconocer —aun rechazando las exageraciones excesivas del pesimismo— que en la vida terrena, la virtud y la dicha, el pecado y el castigo, el sufrimiento y la vida espiritual establecen a veces agudas disonancias.

Y si precisamente la ponderación de tal hecho obligó a Kant a aceptar como postulados de la razón práctica la libertad de la voluntad, la inmortalidad y la existencia de Dios —cuando, sin embargo, consideraba que éstas son cosas que no pueden probarse por la razón pura—, con ello indicó en cierta manera que solamente una concepción del mundo, que contenga la teología del sufrimiento y cuya mirada sea amplia por ascender a las alturas del otro mundo, podrá explicar satisfactoriamente el objetivo de esta existencia terrena.

Las condiciones señaladas aseguran al cristianismo la competencia en esta cuestión; al cristianismo, que reconoce con el sistema optimista las buenas cualidades del mundo, mas tampoco cierra los ojos ante el mal. Confiesa que el mundo es bueno, pero sólo relativamente, es decir, para alcanzar la meta que le fue fijada; y confiesa que es perfecto pero solamente si se tiene en cuenta el estado real de las cosas, porque no es perfecto en absoluto.

Epicteto, el esclavo estoico, exclama: «¿Pues qué? La locura y la costumbre han llevado a algunos a despreciar los tormentos, como, por ejemplo, los galileos (los cristianos); y la razón, la filosofía, ¿no ha de ser capaz de hacer otro tanto?» Hoy día su pregunta sería contestada por el nuevo producto de la filosofía anticristiana, que, con el rostro espantado, huye del sufrimiento o gime bajo su peso sin comprender nada; la respuesta sería la eutanasia.

El cristianismo nunca ha intentado negar el mar de los dolores físicos, mar que se agita hace ya milenios, desde que hay un ser sensible en esta tierra; ni tampoco lo soporta con el corazón empedernido de la apatía estoica. Procura dar la explicación del enigma, y disipa la duda que pueda quedar, aun después de su explicación, mostrando el cielo, donde no habrá ya ni muerte, ni tristeza, ni luto, ni dolor.

Nadie puede afirmar con fundamento que el cristianismo —a pesar de sus doctrinas que explican el fin último de la vida con la vida ultraterrena— no comprende los objetivos propios de la vida terrena.

Porque así como nuestra dependencia absoluta de Dios le designa espontáneamente como nuestro fin último, de un modo análogo el cristia-

nismo enseña como verdad irrebatible que también durante esta vida terrena debemos trabajar en el cumplimiento de ciertos fines, lo que equivale a desarrollar el ideal humano, y si se me permite decirlo así, esto es «sacar provecho» verdaderamente de la vida.

Por el uso indebido ha llegado a sonar mal esta frase «sacar provecho de la vida» o «aprovecharse de la vida», como si expresase el dar rienda suelta a los bajos instintos. Nosotros la entendemos en el sentido de realización perfecta del ideal humano; no nos referimos a la satisfacción ilimitada de los deseos del cuerpo. Si esta satisfacción fuese el fin del hombre, el Creador se habría contentado con dar vida al mundo de los animales.

Pero precisamente por crear un ser de orden superior quiso manifestar que a éste le fijó un fin más elevado: una vida más hermosa, más plena y digna. Esta vida digna del hombre, es decir, la realización del ideal humano, no puede lograrse, a no ser que reconociendo la primacía del espíritu. Por esto nos inculca el cristianismo con firmeza el dominio de sí mismo; y por esto su Fundador nos invita a los mayores sacrificios por el bien del alma.

Mas una vez garantizada la vida espiritual del alma, se abre ante el cristiano el mundo entero, se le brindan todas las hermosuras, todas las alegrías de la vida. El cristianismo sabe muy bien que el hombre anhela la alegría y la necesita. No quiere suprimirla, ya que lo necesario se justifica por sí mismo. El cristianismo no es gnosticismo, ni maniqueísmo, ni montanismo, que consideran cosa mala la materia y pecado el ponerse en contacto con ella. Nosotros no nos lamentamos del día en que nacimos. No consideramos un tormento la vida, ni podredumbre el cuerpo, ni muladar el mundo, ni a Dios como un ser supremo que siempre está airado y que no conoce lo que es la misericordia.

Un día resucitaremos

Confesamos que nuestro cuerpo resucitará un día y vivirá eternamente. Lo único que desea el cristianismo es que no busquemos la alegría allí donde no está, es decir, que no la busquemos transgrediendo el orden moral.

También el cristianismo conoce la felicidad de acá abajo en la tierra; y es que el Dios del cristianismo es el Dios del consuelo y de la alegría. Esta alegría no consiste tan sólo en olvidar por unos minutos las luchas de la

vida diaria —lo que ocurre, según Hilty, con los goces del mundo[4]—, sino en descansar confiado en las manos de Dios Providente, como un niño fatigado duerme tranquilo en los brazos de su madre.

También nosotros queremos gozar, mas no tomando opio o cocaína. También nosotros necesitamos alegría, pero no el embotamiento de la embriaguez. También nosotros tenemos sed de felicidad, pero no hasta el punto de cambiar las delicias consoladoras de la casa de Dios por las flores de esta tierra que pronto se marchitan, ni por efímeros placeres terrenales.

La Iglesia no trata de meter miedo a los hombres mediante la idea del castigo y de la recompensa eternos, para así poder dominarlos. Tampoco los trata de mantener sometidos alentando la esperanza de que un día podrán encontrarse con sus seres queridos en el más allá. En absoluto es verdad la idea de que cuánta más fe tenga una persona en la vida eterna, tanto más incapaz se hace para la vida presente y para el logro de sus objetivos.

Lo que verdaderamente la Iglesia enseña es que no se puede alcanzar el Reino de los Cielos si no se cumplen fielmente los deberes de la vida presente. ¿No es eso un tremendo acicate para cumplirlos lo mejor posible? Por consiguiente, si la Iglesia mantiene firmemente la doctrina de la inmortalidad del alma, lejos de suprimir el valor de la vida terrena, lo defiende, lo levanta y lo asegura.

¡Cuántas personas mueren sin apenas haber conocido las delicias de este mundo! ¡Cuántas, antes de empezar incluso el camino de la perfección moral! ¡Cuántas son las que no han saboreado más que injusticias en toda su vida! ¡Cuántas, sin haber visto en torno suyo más que el triunfo de la mentira y del pecado! Si todas ellas no tendrán compensación en la otra vida, entonces esta vida carece de finalidad, es una locura. La Iglesia rechaza este absurdo predicando la inmortalidad.

Prueba contundente de que el vivir cristiano no significa despreciar la vida terrena ni huir cobardemente de los deberes que nos esperan acá bajo, es la historia del suicidio; apenas se notan indicios de asco, de horror a la vida, de hastío del mundo, de suicidios en la Edad Media, saturada de espíritu cristiano; en cambio, es espantoso el cuadro de devastación, causada

---

[4] «Una gran parte de la alegría, especialmente de la hilaridad de este mundo, en el caso de personas adultas, sirve únicamente para olvidar durante algunas horas aquello que de otra manera no podrían soportar y que en otras horas los llena de profunda tristeza, y muchas veces hasta de desesperación.»

por la epidemia del suicidio, en el antiguo paganismo, que todavía nada sabía del cristianismo, y en el nuevo paganismo, que ya no quiere conocerlo.

Ciertamente, Hume, uno de los defensores más estentóreos del suicidio, cree poder descubrir en el dolor insoportable como un llamamiento de Dios para abandonar este mundo; pero nosotros sabemos que el más fidedigno expositor de la voluntad divina, Nuestro Señor Jesucristo, aun en medio de los sufrimientos, nos invita no al suicidio, sino a abrazar heroicamente la cruz.

Con razón escribe MASARYK: «Si pasamos revista a la larga serie de los poetas modernos de tono pesimista—Joung, Byron, Shelley, Poe, Grabbe, Hölderlin, Heine, Kleist, Lenau,
Sénancour, Musset, Foscolo, Leopardi, Carducci, Giusti, Slowacki, Lermontow, Puskin, Gogol—y añadimos la filosofía pesimista de Schopenhauer, queda probado lo que afirman con una sequedad espantosa los datos de la estadística: estamos hastiados de la vida, nos faltan verdaderos bríos para vivir; los poetas van entonando cánticos fúnebres para acompañar el suicidio en masa».

También el cristianismo quiere alegría, pero una alegría digna del hombre; por esto cava más hondo para hallar *las fuentes de las aguas vivas*. Que no la alcanzaremos sin restringir las exigencias desenfrenadas de los sentidos, bien lo sabemos. Y no ignoramos que los bajos instintos tengan que callarse cuando se trata de trabajar en nuestra misión más noble. Esto es el único *morir* que nos pide el cristianismo *para que podamos ser* a lo que estamos llamados.

El cristiano no se ve libre de sufrimientos, sino que sabe valorar la alternancia de los días tristes y alegres. Así como la planta necesita del sol y de la lluvia para crecer, de un modo análogo el hombre no puede vivir sin días tristes y alegres. El que fuese desgraciado en todo, el que sólo tuviese experiencias malas respecto de las cosas y respecto de los hombres —si en realidad se diera tal caso—, con horror tendría que volver la espalda a la vida.

Pero tampoco tendría derecho de proclamarse feliz quien viera realizarse todos sus anhelos. Aun cuando no pereciese en su hartazgo y soberbia, le faltarían muchas e importantes vivencias humanas, y no podría desarrollar en sí los rasgos esenciales de la naturaleza humana.

Llamados a cosas más altas

De modo que el cristianismo sabe abrir la puerta también a la alegría terrenal; pero sabiendo que los goces de los sentidos no pueden colmarnos de dicha ni son capaces de dar satisfacción a las necesidades más profundas del alma, se guarda de predicar de un modo exclusivo las alegrías de esta tierra. Fundándose en una experiencia irrebatible, enseña que los goce terrenales, cuanto más se disfrutan, tanta más hambre dejan. Así son los placeres de esta vida: mientras no hacemos más que imaginarlos, nos parecen un cielo; apenas empezamos a disfrutarlos, sus encantos se disipan. Y aun cuando lo persiguiésemos continuamente, nos cansaríamos antes de poder encontrar satisfacción en ellos.

Precisamente nuestro organismo, nuestro cuerpo, suministra la más brillante apología a esta doctrina del cristianismo. Como si la misma Naturaleza quisiera llamarnos la atención y advertirnos que hemos de buscar en otra parte la felicidad que nos colme; está constituido de tal manera, que si nos dejamos llevar por la ansias de los placeres, por más que los fomentemos, con el tiempo se llegan a gozar menos, necesitándose cada vez mayores excitantes para que produzcan la reacción deseada; la misma capacidad de gozo se atrofia, llega a extinguirse; y la gran caza de placeres pasa a ser hastío de la vida.

El pesimismo sobre el sentido de la vida, diríamos generalizado, que se difunde en los países ricos, hartos de experimentar placeres, es señal inequívoca de erraron en la búsqueda de la felicidad, y prueba la verdad contenida en las palabras del poeta:

«El que quiere flores, no lleva toda una rosaleda; el que anhela ver, no mira el sol; pierde el gozo quien distraído corre en pos de muchos placeres; solamente el modesto no encuentra tormento en su deseo.»

El cristianismo predica la única alegría capaz de dar satisfacción al alma: la alegría serena del alma que vive en unión con Dios. Ciertamente, alude al otro mundo, pero no despoja la vida de su significado; al contrario, aumenta su valor cuando le da un carácter decisivo respecto a la vida futura. «Ten buena conciencia, y siempre tendrás alegría» — nos enseña TOMÁS DE KEMPIS (*Imitación de Cristo* II, 6,1).

«De esta manera, el cristianismo —podemos repetir con Th. Garrigue Masaryk— realmente llegó a ser doctrina de vida; el Evangelio enseña que hemos de amar la vida y no la muerte. Por esto decimos que esta nueva gozosa redimió y salvó al paganismo agonizante; el cristianismo ahogó en su

germen la inclinación que tenía el politeísmo pagano al suicidio, y devolvió los hombres a la vida».

Este es uno de los puntos en que el cristianismo se encuentra muy por encima de la concepción que se tiene de la vida en nuestra época: la alegría que él brinda no es efímera, el gozo que encontramos en esa alegría no aumenta la sed. Ciertamente, el cristianismo predica la mortificación, levanta barreras; pero precisamente así puede llenar de verdadera alegría la vida, mientras que las concepciones del mundo, que recomiendan los placeres ilimitados de los sentidos, se precipitan irremediablemente en el pesimismo.

De ahí que el cristianismo no hubo de decir nunca que la vida es *una farsa, una novela necia*, como lo hizo SCHELLING; tampoco hubo de afirmar con FEUERBACH que es *un manicomio y una casa de bribones*; ni aceptó la definición de SCHOPENHAUER, a saber: que es *una trampa, un episodio inútil y perturbador en la calma constante de la nada eterna*.

El dolor redundará en nuestro bien

Otra nota de incomparable superioridad que lo levanta sobre las concepciones del mundo actualmente en boga es la comprensión, la explicación del dolor.

El sufrimiento, el dolor, a pesar de todos los adelantos, a pesar de todos nuestros esfuerzos, está de lleno en nuestra vida, y nos mira cruelmente de trecho en trecho, tanto si queremos como si no queremos. No cabe duda; hasta cierto punto tenemos la culpa nosotros. Habría menos sufrimiento en la vida si no nos quejásemos tanto de nuestras necesidades no satisfechas, y fuésemos más caritativos para con los demás.

Pero, al fin y al cabo, la vida y el sufrimiento se entretejen. Ser hombre significa también sufrir. Y así como hace ya milenios que cierta cantidad de lluvia va cayendo sobre la tierra año tras año, así va cayendo también la lluvia de lágrimas que brotan del corazón humano. Tanto si el hombre ha vivido en la barbarie como en la cumbre de la civilización, nunca ha podido secar sus lágrimas. (LACORDAIRE)

Pues bien; una concepción del mundo que no tiene una sola palabra para el hombre que sufre, que, en vez del aceite del buen samaritano, ofrece piedras al atribulado, necesariamente ha de desplomarse. Hay desgracias que no podernos evitar, que hemos de soportar; y la cuestión es ésta: ¿podremos darles, por lo menos, una explicación satisfactoria y ponerlas al servicio de cierta finalidad —así como lo hace el cristianismo— o soporta-

remos incomprensivos, impotentes, apretando los dientes, cerrando el puño, aceptando el destino que nos ha tocado, hasta sucumbir? Según la concepción arreligiosa del mundo, no nos queda más que esta segunda solución.

Naturalmente, no se explica satisfactoriamente el sufrimiento con sólo aludir a los fines del Universo, inconcebibles para nosotros, aunque armónicos entre sí. Precisamente por esto hemos de aceptar el punto de vista cristiano, en que no sirven de elemento decisivo en la solución, ni siquiera de consuelo, las leyes del Universo, sino únicamente la bondad indecible de un Ser personal e infinito.

Es cierto; no podemos abarcar por completo la voluntad santa de ese Ser; pero nos tranquiliza el pensar que su bondad y amor flotan también sobre los abismos ocultos a nuestra mirada. Este amor sale fiador de que el sufrimiento que de Él procede redundará en nuestro bien, lo mismo que la paciencia con que soportamos la tribulación[5].

Sin sufrimiento no se desarrolla la grandeza moral, el carácter; porque, ¿qué otra cosa significa tener carácter, sino dominar por completo nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestras palabras? Pues bien, para llegar a estas alturas hay que pasar por luchas y abnegación, por el valle sombrío de los sufrimientos. Indican ese incomparable valor en orden a formar el carácter las palabras de SAN AGUSTÍN, con que Bossuet terminó su célebre sermón sobre la necesidad del sufrimiento: «Habéis perdido la utilidad de la tribulación y os habéis hecho miserables sobremanera.»

Con acierto subraya el insigne escritor de Pedagogía P. Gillet, que en la educación actual hemos de enseñar principalmente a sobrellevar el sufrimiento, tanto más cuanto más estrepitosamente se inculca a nuestros educandos la idea de que solamente los goces terrenales nos dan la salvación. «Porque si aprenden a no temer del sufrimiento —escribe en su obra *Religion et Pédagogie*—no retrocederán, al encontrarse con él, en el cumpli-

---

[5] «Aquí no son unas leyes eternas las que tendríamos que comprender para podernos consolar con ellas hasta cierto punto — bastante poco—; antes bien, la voluntad infinitamente amorosa y la bondad indecible de un Ser infinito, personal, son las que comunican el consuelo y la dicha. Ciertamente no podemos penetrar los abismos de esta voluntad, pero comprendemos que son abismos de bondad y de amor. Y la voluntad humana se siente levantada a un amor poderoso. Este es el fundamento de la filosofía cristiana de la dicha.» (DUNIN-BORKOWSKI, *Filosofía y dicha*)

miento de su deber. La escuela del sufrimiento nos brinda verdaderas alegrías varoniles, junto a las cuales palidecen todos los goces sensuales.»

El cristianismo oye resonar de continuo las palabras del apóstol SAN PABLO: «En verdad, yo estoy firmemente persuadido de que los sufrimientos de la vida presente no son nada en comparación con aquella gloria venidera, que se ha de manifestar en nosotros» (Romanos 8, 18). «Sabemos también nosotros que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios» (Rom 8, 28), y «el Señor al que ama, le castiga» (Hebreos12, 6). También las de Santiago, quien nos dice que hemos de soportar con paciencia los sufrimientos, porque «la paciencia perfecciona la obra; para que así vengáis a ser perfectos e íntegros, sin faltar en cosa alguna» (Santiago I, 2,4).

Ciertamente tampoco el cristianismo podrá suprimir el sufrimiento, pero si suprimirá la desesperación al indicar los objetivos sublimes que Dios quiere lograr en el mundo mediante el sufrimiento. No podremos dar una solución perfecta a todos los problemas del sufrimiento, porque no somos capaces de abarcar con una sola mirada la historia del Universo, que se extiende a millones y millones de años, lo que tanto nos ayudaría a comprender la misión del sufrimiento. Pero, a pesar de toda nuestra mezquindad, podemos descubrir en el sufrimiento ciertos fines, con lo que podremos colocarlo sin dificultad en nuestra concepción del mundo.

Así, pues, el dolor sirve a la vida y a la salud del cuerpo, llamándonos la atención sobre las perturbaciones y deficiencias del organismo. La necesidad promueve también el progreso espiritual. El sufrimiento acera el carácter, pone a prueba la fuerza de voluntad, corrige las aberraciones morales, purifica la concepción ética.

El sufrimiento puede servir de silenciosa expiación y reparar la armonía destruida de los mandamientos divinos, puede ser escultor de mano exquisita para modelar el alma con su agudo cincel; puede ser un medio para merecer la felicidad de la vida futura. No es una simple ocurrencia la afirmación de JEAN PAUL: «Nuestra vida es como un negativo fotográfico; los cuadros del otro mundo aparecen con tanta mayor claridad en ella cuanto más oscura esta vida es.»

Y precisamente porque la filosofía cristiana puede encuadrar también el sufrimiento entre los medios de que se sirve Dios, nunca habría llegado a pregonar la eutanasia; porque por muy genial que sea la explicación con que queramos aclarar el problema de la vida terrena y del sufrimiento, si de

la doctrina cristiana no creemos más que esto: *Eres polvo, y en polvo te has de convertir*, y no añadimos estas palabras alentadoras: *Espero la resurrección de los muertos*, tendremos que reconocer que, al saldar la cuenta definitiva después de la muerte, necesariamente nos encontraremos con déficit.

Prólogo de la vida eterna

No sabemos qué hacer con una vida que se pierde en la muerte. ¿Para qué tanto sufrimiento? ¿Por qué es un trabajo imperfecto, fragmentario, todo lo que hacemos? ¿Por qué nos quedamos tan a la zaga de nuestros ideales? Son preguntas que quedarán para siempre incontestadas sin la verdad que resuelve las disonancias del *no moriré del todo*.

Para el cristiano, la vida terrenal no es más que prólogo, introducción al libro de la vida eterna. Aunque hubiera de escribir con mi propia sangre todo el prólogo, bien lo merece el contenido del libro.

Aun cuando toda la vida del cristiano fuese un sufrimiento continuo, él debería ver en la tribulación el arado de Dios que ahonda y que rotura el páramo, para luego sembrar en él flores, que se abren para la vida eterna (Jean Paul). *Fortia altere Romanum est*, hacer cosas grandes es propio de los romanos, solía decirse antiguamente; añadamos nosotros: *fortia pati Christianum est*, sufrir mucho es propio de los cristianos. Porque el cristiano, en medio de todos los sufrimientos, oye estas palabras consoladoras: *Conozco tus obras, y tus trabajos, y tu paciencia..., y que tienes paciencia, y has padecido por mi nombre, y no desmayaste* (Apocalipsis 2, 2-3).

En medio de la desgracia, es cosa fácil despreciar la vida; héroe es quien sabe también sufrir.

Vemos, pues, cuán lejos está de entorpecer nuestras ganas de vivir la idea de la muerte y del otro mundo. Para medir rectamente el valor de la vida, no hemos de contar los deseos realizados, sino los deberes cumplidos. El que cumple sus deberes de cristiano, siempre está preparado para la muerte. Y quien está preparado para la muerte, propiamente está preparado para la vida, porque solamente quien sabe morir con paz puede vivir tranquilo.

Si enfocamos de esta manera el sufrimiento, cobra sentido aun la vida del enfermo incurable, la del tullido, la del contrahecho, y la muerte pierde su horror. Si apreciamos de esta manera el sufrimiento, será posible no solamente mirar tranquilamente el mismo martirio, sino —lo que es mucho

más — los sinsabores de una vida mísera, las privaciones que duran años, la enfermedad que desemboca en la muerte. Naturalmente, el sufrimiento y la muerte son dolorosos para todos; lo son también para el cristiano. Pero no son temibles. Porque nuestro sufrimiento —lo sabemos— no carece de objetivo, y nuestra muerte no está falta de esperanza. Y quien busca vida en la muerte, no la teme; en el lecho de la muerte extiende los brazos y repite con la María Estuardo de SCHILLER:

«¡Salvador, Redentor mío! Así como extendiste los brazos en la cruz, extiéndelos ahora para recibirme.»

Todos los hombres mueren; pero solamente el cristiano sabe morir. Aun cuando el cristianismo no puede detener los golpes en la vida, nos enseña a soportarlos y graba en nuestra losa sepulcral las palabras alentadoras: *«Continuará»*.

Sin este consuelo no se comprende la sonrisa en el rostro del moribundo, no se comprende lo que escribe BOUGAUD:

«Si mi fe se desvaneciera algún día..., yo iría a sentarme en espíritu junto a la cama de Bossuet agonizando, para escucharle decir: *¡Qué paz! ¡Qué certeza absoluta, inconmovible, da la promesa del Evangelio!*

»Iría a escuchar a Suárez, a ese sabio admirable que en su hora postrera murmuraba: *No sabía yo que la muerte fuese tan dulce*.

»Me iría a contemplar a Lacordaire, ese espíritu atrevido que clavó sus ojos en el Crucifijo, pensando: *Ya no puedo hablarle..., no; pero le miro*... No sé si la fe puede aducir argumento más poderoso que la serenidad postrera de los grandes espíritus y grandes corazones.»

De modo que también a nosotros nos acecha la *pálida muerte*; pero se encuentra con nuestra *esperanza plena*, que rebosa de inmortalidad. Nadie se atreverá a afirmar que el autor de la *Bonne souffrance* no conociera el sufrimiento. Y con todo, Coppé, que hubo de soportar tormentos realmente enloquecedores, deseaba para sí una larga agonía. ¿Por amor al sufrimiento? De ninguna manera. Sufrir era terrible también para él. Sino por su valor meritorio. *Yo quiero una larga agonía* —dijo—; se calló un momento, y luego añadió la explicación: *Porque creo en Dios y en la inmortalidad del alma*.

Sí, porque el cristiano cree en Dios y en la inmortalidad del alma, ve un valor aun en la vida del enfermo incurable, y por esto no teme la muerte. Sabe que:

«El musgo de la tumba no significa olvido; significa el triunfo del alma, el poder de la eternidad... ¡Ven, oh muerte!
Quiero creer que existiré.»

El cristianismo está contra la eutanasia, porque cree *que sigue viviendo la virtud después de la muerte*. Por esto levanta la voz, como defensor inconmovible de la vida humana desde el principio, contra la eutanasia. Por esto, aun la vida del deficiente mental más desgraciado es tan sagrada y de tan profundo significado para él, que solamente en casos extraordinarios, por el interés del bien público, reconoce al Estado el poder de fallar sobre la vida humana. Aún más; Foerster, que se funda en principios cristianos, levanta la voz aun contra la pena de muerte, impuesta por el Estado; le instiga a ello un escrúpulo de conciencia; es, a saber, que el respeto profundo, sagrado de la vida humana, sólo puede ser garantizado por una protección que no admite excepción[6].

La Iglesia, la gran defensora de la vida

Suele llamarse a nuestro siglo el siglo de los derechos del niño. No oponemos ningún reparo a tal denominación, pensando en nuestros desvelos a favor de los niños. Mas sería de desear que fuera más crecido el número de quienes comprenden la inconmensurable fuerza cultural que la Iglesia católica comunica a la sociedad actual mediante el aprecio de la vida —también de la vida infantil—. Por todo el mundo, y principalmente en los países más civilizados, vemos señales descorazonadoras de la horrenda cultura de la muerte, que la temible gran potencia, la *LUJURIA*, desencadena contra la vida del niño. No vencerá este poder ningún otro excepto Cristo, el gran Amigo de los niños.

Pero así como fuera de la Iglesia católica ninguno es capaz de levantar la voz con eficacia contra las prácticas repugnantes del neomaltusianismo para defender la vida humana que se quiere suprimir ya en su germen, de modo análogo aparece ante nosotros al final de este estudio la Iglesia católica —acusada de negar la vida y huir de la misma — con la aureola de defensora de la vida enferma, atribulada, pronta a extinguirse; la defiende contra el error más moderno del agnosticismo: la eutanasia.

---

[6] Capítulo titulado: *Suprimiendo antiguos métodos de castigo*. Munich 1911.

Según Platón, la mejor filosofía es la que enseña a morir bien; según Spinosa, la que nos enseña a vivir bien. Según nosotros, es la que enseña a vivir bien y a morir bien. El autor de esta filosofía es Jesucristo, y esta filosofía es el cristianismo. Cristo, que es la «vida», y que ha venido para que *«tengamos vida y la tengamos en abundancia»*, y el cristianismo, al que Cristo entregó en depósito sus enseñanzas, no solamente sobre la vida recta, sino también sobre la muerte buena. Vivir cristianamente es a veces difícil; morir es fácil; pero es difícil la muerte para aquel que ha llevado una vida fácil.

Fuente: Este artículo comprende el Capítulo II del libro *ENSEÑAD A TODAS LAS GENTES*, de Monseñor Tihamer Toth. Resumen adaptado por Alberto Zuñiga Croxatto.